

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.

NOVELAS ESPAÑOLAS

PROSPECTO.

ADMINISTRACIÓN:

30, Calle del Pez, 30.

MADRID.

AN
X
157

11

860-3

MAR

UOV

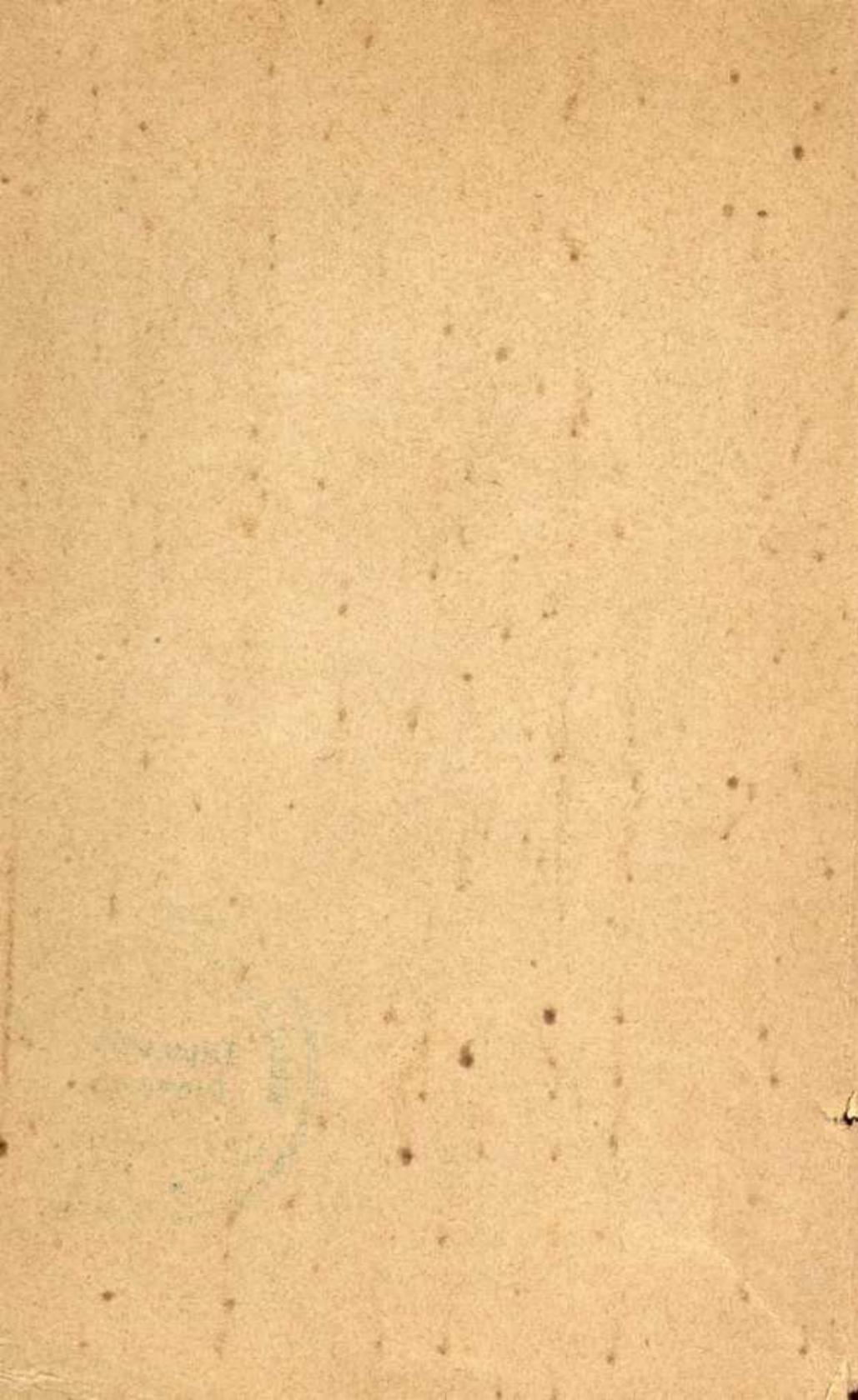
Handwritten text, possibly a date or reference number, appearing faintly in the center of the page.



N

NO SE PRESTA

**Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura**



M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.

NOVELAS ESPAÑOLAS

=====
PROSPECTO.
=====

R. 16.634

ADMINISTRACIÓN:
30, Calle del Pez, 30.
MADRID.





AL PÚBLICO.

Árdua empresa es la que acometemos con la publicación de las obras de este escritor insigne. Para salir adelante, confiamos en nuestra buena fe y en la ayuda que el público nos preste, no solo por la firma reputada del autor, sino por las condiciones ventajosísimas en que las obras podrán adquirirse.

Las obras que ofrecemos al público constituyen la primera serie; esto es, desde «La Generala» hasta «El Buque de Combate» inclusives, compondrán unos cincuenta volúmenes en octavo prolongado, papel superior é impresión esmeradísima.

Cada uno de estos volúmenes, cuyo precio fué hasta aquí de 3, 3'50

y 4 pesetas, se dará al suscriptor, aunque la edición nueva es mucho más lujosa que la corriente, al precio fabuloso de UNA PESETA.

Así los señores suscriptores se encontrarán de un modo insensible con una magnífica galería de todas las obras de este autor, por una cantidad inconcebiblemente módica, cumpliéndose á la vez nuestro deseo de llevar un modestísimo grano de arena á la grande y hermosa obra de popularizar la novela en España, sobre todo, la novela moderna, la novela ejemplar, que distrae por su grán interés, y enseña con su observación fina y copiosa, tanto en los dramas populares andaluces, que tan maravillosamente vé y pinta el señor Martínez Barrionuevo, como en esas otras producciones, célebres en su mayoría, que pusieron tan alto el nombre de su autor en el mundo de las letras.

Bondad y baratura: éste es el modo de popularizar á los autores que lo merecen, ayudando á la vez á esa grán masa de público ilustradísimo, que se priva de leer en muchos casos, más que por carecer de aficiones literarias, como suele decirse, por el alto precio que en España se pone á los libros.

Las condiciones materiales, tanto en el coste del tomo, asombrosamente barato, como en el esmero de la edición, las comprenderá el público juzgando por lo dicho, y por la vista del presente folleto-prospecto, pues será del mismo tamaño, de igual papel é igual impresión, formando un hermosísimo volumen de más de 300 páginas casi todos.

En cuanto al texto, los señores á cuyo poder lleguen las presentes páginas y no conozcan por acaso ninguna obra de este autor, confiamos en que les bastará la lectura de los

cuentos que en estas mismas páginas se insertan, única muestra que puede darse en espacio tan reducido, pero suficiente para comprender las grandes dotes de narrador y estilista que reúne el autor célebre de «La Quintañones» y «La Generala.»

EL EDITOR.

Condiciones de la publicación.

Volumen una peseta.

Se publicará un volumen cada mes con exactitud extraordinaria.

Donde no haya correspondientes el suscriptor recibirá el tomo por correo certificado, sin aumento de precio.

La correspondencia se dirigirá en la siguiente forma:

Señor editor de las obras de

D. M. Martínez Barrionuevo.

Calle del Pez, 30

MADRID.

PALABRA DE HOMBRE.

Estando en el cortijo de *los Roquetes*, del término de Villafranca, tuve que ir á Córdoba. Era en tiempo de feria. *Chano*, mi mozo, venía conmigo; venía contra su gusto. Había puesto mala cara al saber que me acompañaría; hasta me pidió que llevase á otro; yo no le hice caso, ofendido, y lo llevé. *Chano*, para que lo sepais, era un jayán, morenote, de ojos muy negros, correntón y echado para adelante. Tenía fama en la

sierra de gozar de buena fortuna entre las mujeres; contábanse historias, en este sentido, que le favorecían muy poco; pero desde algún tiempo, andaba mi hombre tristón, paliducho, y como indeciso, sin hablar, sin salir; nadie hubiera dicho que aquel era el *Chano* de hacía algunos meses. Yo le estimaba; llegué á temer por su salud, y fué una de las razones que me indujeron á ordenar que me acompañase.

Del cortijo á Córdoba, hay cinco leguas; habíamos salido de noche aún. Caminamos algunas horas sin que se cruzara entre nosotros una palabra. Para llegar á Alcolea, atravesamos *El Capri-cho*, en cuya grán casa de labor

tuvo Serrano su cuartel general, durante la batalla famosa.

Era muy temprano; al salir á la carretera costeando el huertecillo de la ermita de los Angeles, lo primero que vimos fué el puente del ferrocarril, con sus altísimos pretilos; en aquel instante avanzaba el trén hacia Córdoba, é introdújose en el puente, con grán estruendo de rodaje, de pitar, y de silbidos de válvulas; en la gran balumba, pareció estremecerse toda la campiña.

—Las cinco—dijo *Chano*, pensativamente.

Estábamos junto á la venta de Alcolea. Detuve mi cabalgadura y me imitó mi mozo. No quiso tomar nada; parecía disgustadí-

simo; pero yo quise dispensárselo, en gracia á la profunda impresión que me inspiraba aquel amanecer. Empezaban los hombres la labor, se oían los cantares acá y acullá, entre los maices y bajo la arboleda. Sentíase rejuvenecer mi espíritu, á la contemplación de la ermita, que tenía para mí recuerdos muy dulces, con su pequeño campanario, y su esquiloncillo, cuyo eternal silencio no se explica. Allí ván todas las tardes las palomas y las golondrinas; allí cuelgan sus nidos y arrullan á sus pichones; allí entonan sus cánticos matinales y sus canciones vespertinas, y el esquilón, siempre mudo, siempre silencioso, como si hubiese allí quedado en peni-

tencia, por alguna falta cometida. Las palomas y las golondrinas, hacen las veces de la campana; á la oración elevan sus trinos como en salve misteriosa; al amanecer, atruenan con su piar juguetón que despierta á los hombres para ir al trabajo.

Abstraído en mis recuerdos, no pensaba yo en mi mozo; súbitamente púsose delante de mí, y dijo en voz temblona:

—Mi amo, osté me perdone, pero de aquí no pasaré.

Le miré indignado, pero la extrañeza pudo más que el amor propio herido, y exclamé resueltamente:

—Ahora mismo vás á decirme por qué no quieres venir á Córdoba.

Inclináronse con temor sus ojos negros y no respondió una palabra. Yo insistí en mi pregunta, y me miró entonces, suplicante, y como pidiéndome perdón por su silencio. Le amenacé con despedirle si no hablaba... *Chano*, me quería mucho y habló. Dijo ahogadamente:

—No quiero ir, porque estoy seguro. *Farrán* está en la feria.

—¿Y quién es *Farrán*?—pregunté admirado...—y sobre todo ¿qué tienes tú que temer de *Farrán*?

—Yo no tengo que temer de nadie,—dijo ardientemente, clavando en mí sus formidables ojos.—Es que...—Se detuvo y lanzó

un suspiro. Yo tuve una idea de pronto. Le pregunté:

—*Farrán* ¿es casado?

—No, señor, es mocito.

—¿Tiene hermanas, entonces?

—Tenía una...—Y *Chano* estaba amarillo como la cera.

—¡Tenía una! Pero, ¿no la tiene ya?

—Se murió porque la burló un hombre.

—¡Ah!—grité fieramente.—Y fuiste tú ese hombre. ¿Es verdad, *Chano*?

—Yo fuí,—respondió el mísero, cuyos sollozos le impedían hablar.—Yo fuí... Y la Virgen del Socorro, que vé en mi alma, sabe bién lo arrepentío que estoy, mi amo. Yo fuí, y *Farrán* tiene ju-

ramento hecho de no buscarme nunca, pero de matarme donde me vea. Yo fuí, y en castigo de mi culpa, hice también juramento de no defenderme cuando me quiera matar. Por eso, mi amo, no quiero ponerme delante de *Farrán*; porque moriría; sé que moriría.

Yo quedé confundido, como absorto en la contemplación de aquel bello espectáculo de la sierra, con sus manchitas negras y blancas, de los árboles y los pequeños caseríos.

—Está bien,—dije de pronto, como si saliera de un sueño;— monta y arrea; volvemos á *los Roquetes*.

Se aproximó más, cogió mis

manos con intención de besarlas, pero yo lo evité. Él dijo entonces:

—Mi amo; si es menester, voy á Córdoba; no corría ningún peligro, si usted hablara primero con *Farrán* y él le promete respetarme. *Farrán* es un mozo ya tallúo, muy hombre y de mucho empuje; es el chalán de más garbo de toa la tierra cordobesa. Aunque los del oficio tienen nombre por trapisondistas y fachendosos, éste no, mi amo; como éste diga: *se hará tal cosa*, se hace aunque tós los monumentos del mundo se hundan... ¡Por Dios, mi amo! Está cerquita. Si usted pregunta en la feria por *Farrán*, no habrá quien no se lo señale.

La curiosidad por un lado, y el

deseo por otro de hacer salir de penas al mísero, hiciéronme consentir. Le dije que esperara, puse mi caballo á galope y poco después estaba en Córdoba.

Hallé á *Farrán* al punto. *Farrán* era un mozo grande como un castillo; parecía viejo al pronto, con su cabeza gris y su cara arrugada; pero era ágil, musculoso y fuerte. Tenía sombrero de anchas alas, chaquetón de estezado, parduzco, con grandes broches de plata y alamares en ellos; calzón corto, de lo mismo, poláinas de cuero blanco, lustroso y renegrado por el uso, con sendas borlas de correilla, que constituían con los pespuntos y bordados del cuero, el grán adorno de

las poláinas; chaleco de grán escote, oculto hasta más arriba de los bolsillos, por obscura faja de seda, y pechera cañoneada en dobles rizos, sin cuello, con otro broche de plata en la tirilla, para su cierre.

Le llamé por su nombre; vino al punto, pidiendo permiso antes á otros con quienes hablaba; fué á descubrirse cortésmente, pero no le dejé; cogiéndole la mano, se la estreché con fuerza y le dije:

—*Farrán*, sé que es usted un hombre de corazón, aunque no le conozco, y quiero hacerle una súplica.

Me miró sorprendido; antes que hablara, añadí prontamente y con verdadera emoción:

—*Chano* es mi mozo; necesito que esté en la feria para asuntos míos y quiero que usted le respete.

Yo pretendía llegar con mis ojos al fondo de su corazón, pero no ví en él nada que revelase sus iras contra *Chano*.

—Valiente susto ma dao osté, señorito, —exclamó riéndose con franqueza. ¿No es más que eso?

—¿Le parece á usted poco?

—Hombre, respondió graciosa-mente, —si digo que es mucho, no tendrá mérito entonces el favor que le haga. Eso no es ná.

—¿Me concede usted lo que le pido?

—Con alma y vía. *Chano* está sagrao pa mí mientras dure la feria.

Tomó de la mesa inmediata, donde sus compañeros hallábanse, dos copas de aguardiente, me dió una, y dijo con la misma sencillez:

—Señorito, vaya por los hombres que saben cumplir lo que ofrecen.—Y se llevó la suya á la boca. Yo bebí también. Una hora más tarde, estaba *Chano* en la feria.

¿Quién piensa en morir cuando está deslumbrado por la animación de una feria andaluza, y mucho menos si es la grán feria de Córdoba? ¿Quién piensa en la muerte, con el barullo de las músicas, los fuegos, las parrandas, los bailes andaluces, las tiendas lujosísimas, los grandes trenes,

las grandes damas, con sus mantillas de blonda velándoles el rostro hermosísimo, pálido y moreno, y velando también el fulgor de sus ardientes ojos con los encajes perfumados; las muchachas del pueblo, con sus mantones vistosos y sus cabezas gentiles sembradas de claveles; las transacciones, el ir y venir de aquella multitud alegre y compacta que se agolpa y bulle en el real de la feria y se extiende por la población como río sin dique, que todo lo inunda? *Farrán, Chano*, mis amigos, los amigos de ellos..... ¿quién pensaba en la muerte, en aquel inmenso marasmo en que todos los corazones parecían arder en una misma llama y todos

los espíritus haber brindado por la paz en un mismo vaso?

Yo no dudé; todo temor desapareció. En el trajín de la feria, encontramos á *Farrán* algunas veces; la primera me saludó muy atento, sin mirar á *Chano*, que se puso lívido como la muerte, pero que no pestañeó; la segunda me ofreció una caña, que acepté gustoso; cogió otra y se la dió á *Chano*. *Chano* bebió, portándose cumplidamente; al tercer encuentro la *convidá* fué mía; *Farrán* aceptó una caña de *Chano*. Seguimos ya juntos en grán jolgorío; *Farrán* y *Chano* hablaban como los mejores amigos.

Cambié mi caballo por el de *Farrán*, y lo hice principalmente

por hallar pretexto para que *Farrán* y *Chano* se metieran en plática; eran los dos grandes caballistas, inteligentes muy famosos. Para celebrar el trato, empezó la broma, que se convirtió en jolgorio; yo estaba satisfecho; había conseguido la absolución de *Chano*.

Terminó la feria y dispusimos la partida. Me ofrecí á *Farrán* cariñosamente en todo cuanto yo valiera; *Farrán* estrechó mi mano conmovido. Se propuso hacernos compañía un rato por la carretera; yo me opuse, pero no lo conseguí. No he visto mejor, ni más afable trato en un hombre de su condición.

Ibamos á caballo: yo en medio,

á mi derecha *Farrán*, *Chano* á mi izquierda. Se habló mucho, pero él lo habló casi todo; tenía un arsenal muy completo de chascarrillos y un gracejo inolvidable para contarlos.

Con todo esto, llegamos á la venta de Alcolea; nos detuvimos para echar allí la *viajá* de despedida; fué cosa de algunos minutos.

—Adiós, *Farrán*—dije de pronto, por última vez.

Chano habíase despedido; iba delante. *Farrán* estaba á pie aún; preparábame yo para montar; *Chano* iba á desaparecer por un recodo del sendero; volvió la cabeza, y exclamó sonriente y conmovido:

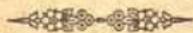
—Que Dios te guarde, *Farrán*.

—Que te guarde Dios á tí, *Chano*,—contestó riéndose;—bién te hace falta.

Dí un grito de horror y me lancé á *Farrán*; era tarde. Había deslizado un cuchillo rápidamente del interior de su manga á la mano; retúvole por la hoja, levantó el brazo, lanzó el cuchillo que hendió el aire arrancando sonos y destellos y fué á hundirse en el corazón de *Chano*. *Chano* lanzó un rugido y cayó al suelo de bruces; el caballo relinchó de espanto y se lanzó á escape por una torrentera.

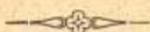
—Buén golpe, señorito,—exclamó *Farrán* friamente;—lo estudié un año, día por día. ¡Desde que murió ella!

Corrí á *Chano*; fué todo inútil; estaba muerto... Y allá iban las mozuelas con el lío de ropa al *cuadril*, con el amor en los ojos, con la gracia andaluza en el cuerpo, con la copla en los labios. Era el instante en que las palomas y las golondrinas empezaban sus arrullos, como una bella oración, en el campanario silencioso de la ermita.





CRISTIANA.



Nonillo, aquel horrible viejo, era el terror de la sala de crónicos, por su lengua viperina, por su tipo repugnante y hasta por la índole de su enfermedad.

Cuando *Nonillo* sufría uno de sus accesos pegaba, aullaba; su boca parecía un torrente de vileza. Era imposible no sentir una impresión de asco y de pavor, oyéndole y contemplándole.

Pero en los labios de sor Enriqueta siempre había una frase de dulzura para el feroz viejecillo:

siempre había una palabra de piedad en aquella boca de primores, en la que Dios parecía haber dado un beso para que nunca se marchitase.

Generalmente, contestaba el viejo con una maldición ó con un insulto; hay quien dice que golpeó alguna vez á sor Enriqueta, desatándose furioso contra la noble mujer de Dios; pero luego exclamaba en un gruñido lastimero:

—Dios te lo pague, *madrita*, Dios te lo pague.

Y aquel *madrita* de la repugnante boca, alegraba el corazón de la hermana de la caridad, como si lo inundase un vigoroso rayo de sol.

Es de noche; el largo salón parece una cripta inmensa; tristes sombras lo invaden todo; de trecho en trecho están las camas, que se perciben confusamente en la penumbra; allá, en lo último, frente al helado pasillo que forman las dos largas hileras de camas, hay un Cristo de talla gigantesca, que abre los brazos como para tendérselos á los tristes que sufren.— Esperad, esperad, que vendreis á mí— parece que dice la boca desencajada por la tortura de aquel Cristo, á cuya faz de terrible expresión, arranca reflejos siniestros la agonizante luz de una lamparilla... Pero ¡ah!, que no es la esperanza lo que los pobres enfermos vén brotar

de aquel diminuto foco de luz; que son formas aterradoras, que andan por el suelo, por las paredes, por la techumbre, que pasan y cruzan en el espacio, ó v^án á ocultarse en los huecos de los muros, ó en los ángulos del salón, para *acechar la hora* siniestramente.

Sor Enriqueta está allí próxima á *Nonillo*; su figura se confunde en el pavoroso fondo; solo se vé su toca, en aquella obscuridad, como una nubecilla blanca.

Sor Enriqueta piensa en el ayer y vá pasando silenciosamente las cuentas de su rosario; al pasarlas, quiere rezar... pero piensa en el ayer. «Era una bellísima joven, amada y admirada por su hermo-

sura, por su riqueza y por su felicidad. Tenía un amante, apasionado de ella hasta la locura, un amante joven, rico, valeroso y trabajador.»

Pero sor Enriqueta no era feliz; en los más suntuosos saraos veíanla abstraída y silenciosa. Sor Enriqueta recordaba como si estuviese sucediendo, aquel minuto solemne, en que concluía cierta conversación con el hombre con quien iba á casarse,—aquel hombre, apasionado, leal, enérgico,—á quien dijo sonriente:

—«No, estoy resuelta; no me caso aún; me casaré cuando pasen cinco años, y durante ese tiempo seré hermana de la caridad; voy á ver el lado triste de la vida, an-

tes de disfrutar la satisfacción suprema de pertenecerte, para hacerme digna de tí; si eres fiel, si eres bueno, si eres hombre, allí me tendrás, vé.»

Al pensar esto sor Enriqueta, seguía pasando maquinalmente las cuentas de su rosario, é interrumpíase alguna vez para acudir á tal ó cual enfermo, y al viejecillo repugnante sobre todo, que la solía llamar con su tremendo gruñir:—¡Madrita! ¡Madrita!

«El hombre amado dejó que se marchase con sus enfermos. ¡Ah, cuán verdad es que el amor es dadivoso! A unos hombres les dá valentía, á otros valor, á otros generosidad... A éste le dió resignación. Se consagró á vivir por

ella y para ella; tuvo fe y aumentó su fortuna con el trabajo, para que ella la disfrutase al término de su prueba mortal.»

«Y habían transcurrido los cinco años; al día siguiente, se presentaría él, con su esplendor, á darla su nombre, á devolverla á la sociedad donde tanto había brillado antes, á la vida de los salones, de los teatros, á los lujosos trenes, á la animación del mundo...»

Hubo un momento en que la quietud de la sala de crónicos se hizo sepulcral; los enfermos, fatigados de la noche, yacían en sopor profundo, y todo así mismo, parecía hundirse en ese letargo imponente de las salas de los hos-

pitales, precursor del amanecer. Hasta *Nonillo* dejó de gruñir; hasta las cuentas del rosario dejaron de moverse. Sor Enriqueta, hundida la barba en el pecho, permanecía inmóvil; su airosa cabeza, su finísimo busto, todo estaba perdido en la sombra. No era ella la que estaba allí; era la nubecilla blanca.

Llegó el día, salió el sol, un sol alegre de invierno, que se metió después por los ventanales como una carcajada de loco. Sor Enriqueta no descansó; mostróse aquel solemne día con más actividad que nunca.

—¡Eh, madrita!, ¿con que te vás?—decíale *Nonillo*, con su gruñir terrible. Y ella lo embozaba

bién y le tocaba en las mejillas cariñosamente, con sus dedos afilados. Como tratara de alejarse para acudir á otro enfermo, *Nonillo* decía rabioso:

—Espérate, espera, que para eso te vás hoy.—La hermana respondía riéndose:

—Hay que hacer mucho, *Nonillo*; tén paciencia.

—Mucho... mucho,—gruñía él, una vez y otra;—como se vá á la holganza, ¿qué le importa arrimar hoy un poco el hombro?

Estaba contenta, lo comprendían todos, estaba contenta. Ya tarde, tarde, cuando el sol traspuso por la ventana del otro testero, se presentó el novio con los padres de ella; el ademán del no-

vio, la mirada, la actitud, parecían estarle diciendo: «¿Vés como he sido fiel? ¿Vés como he sido bueno? ¿Vés como he sido honrado? Vente; vengo por tí.»

Ella le contempló admirada; contempló al hombre leal, sumiso, fuerte, en toda la suprema plenitud de la vida. Permaneció silenciosa; marchó delante con él, hacia el fondo; iba enseñándole sus enfermos; él los contemplaba con amor, ¡como cosa de ella! Llegaron á la cama de *Nonillo*. Vomitó el viejo una maldición y dijo roncamente:

— Vaya, madrita, que lo pases bién por esos mundos. ¿Qué importa si nosotros nos morimos aquí de rabia?

Ella acarició con su mano suavísima la frente del idiota. El novio sintióse con ganas de arrancar de allí aquella mano. Supo contenerse... «¡Oh, qué horrible vida! Cinco años casi, ¡pobre Enriqueta!»

—Vámonos, Enriqueta,—dijo en voz temblorosa,—vámonos.—Ella no contestó inmediatamente; se alejaron de la cama; allí, cerca del Cristo, se detuvo ella entonces y dijo con sencillez:

—No, no me voy.

¿Creería él que se había vuelto loca?

—Vámonos, Enriqueta,—repitió dulcemente,—vámonos.

—No,—dijo ella otra vez.

—¿Y te quedarás aquí siempre?

—Sí.

—Pero ¿no te casarás conmigo?

—preguntó él espantado.

—No,—y la voz de la hermana de la caridad no temblaba.—Quedándome aquí falto á un deber para contigo; yéndome, falto á un deber mayor para con todos esos —y extendió el brazo hacia las dos largas hileras de camas.—No me bendigas si me crees buena, pero mátame si te parezco infame. Tú eres sano, fuerte, robusto, puedes luchar por la vida. Ellos son raquíticos, pobres, miserables, están muriéndose. No me voy.

—Pero ¿es verdad, Enriqueta?

—Sí, es verdad, vete.

¿En qué tono lo dijo que él no replicó una palabra?

Intentó pronunciar el nombre de Enriqueta, y no pudo. No se fué; no podía; se lo llevaron. Ella quedó inmóvil, como una estatua, no se supo cuanto tiempo, en aquel frío salón, delante del Cristo.

Era ya de noche; se dirigió á la cama del viejo; el viejo hallábase en una de sus más terribles horas; revolvíase en su cama, escupiendo veneno como una víbora.

—Vete, vete,—gritó al verla. La hermana le consoló, le acarició. Vete,—rugió él,—y con sus labios viles la escupió en el rostro.

Por el cerebro de sor Enriqueta pasaron como una ráfaga la

figura enérgica del hombre á quien había abandonado, su dolor, sus caricias, el hogar, los padres, el esplendor, la luz hermosa del mundo. De sus ojos apagados caía una lágrima.

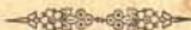
¿Por quién era? ¿Por *Nonillo* ó por el hombre á quien acababa de abandonar?

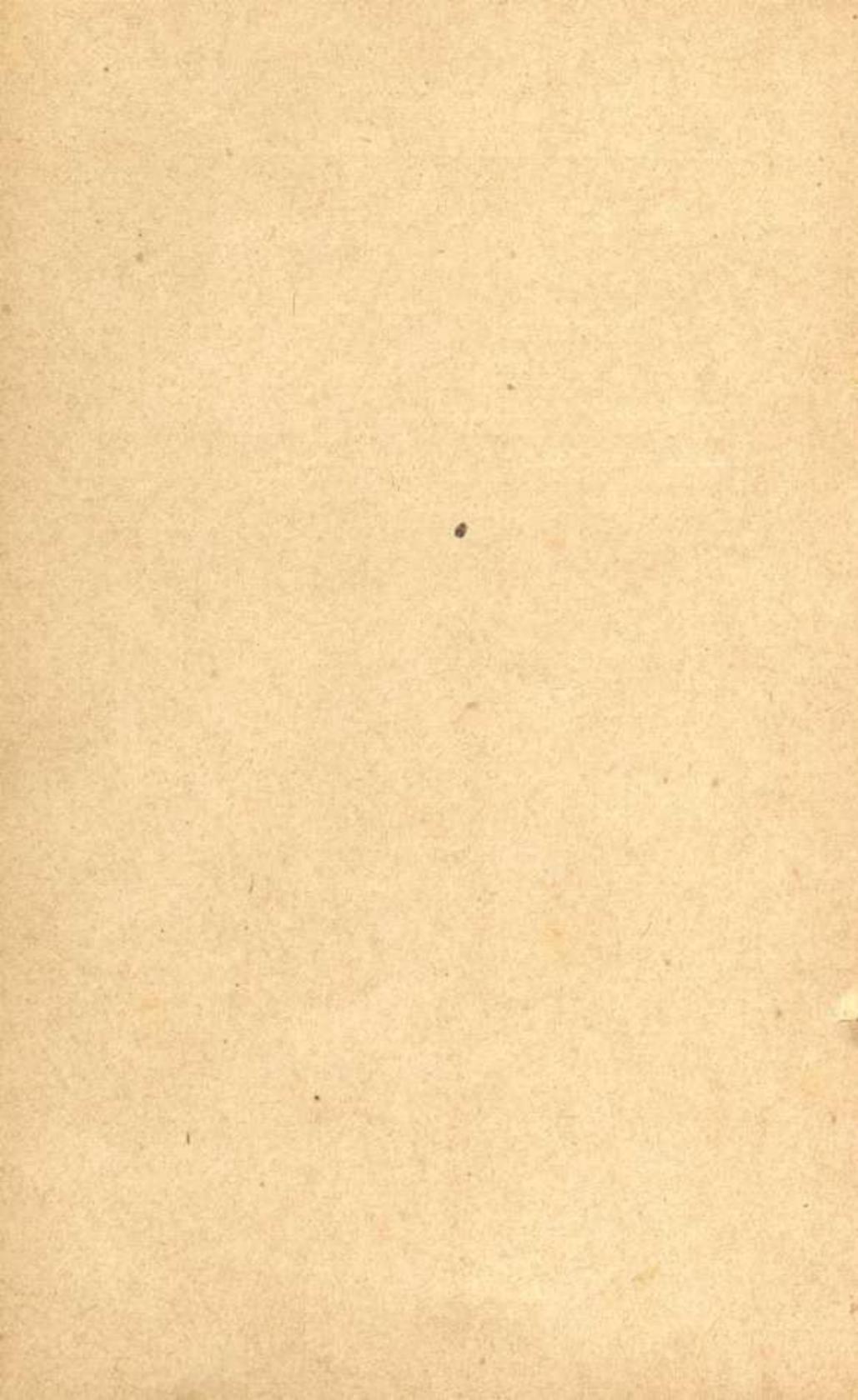
Se calmó el viejo; avanzaba la noche... La noche con aquel Cristo en el fondo negro del salón; con aquella luz triste delante del Cristo.

Sor Enriqueta iba de acá para allá silenciosamente. Al pasar una vez junto á la cama de *Nonillo* oyó una voz débil y quejumbrosa, que parecía salir de unos pulmones rotos:

—¡Perdóname! ¡Madrita! ¡Madritaaaa!

La hermana de la Caridad se detuvo, inclinó la cabeza, besó al viejo en la frente, y siguió después, deslizándose entre las camas como una sombra.





EL CIRIO DE LA VIRGEN.

Sí, señor, sí, con mi indiferencia religiosa, con mi cáustica risilla cuando me hablaban de milagrosos hechos, con mi poca credulidad para todo, como no lo viese y lo tocase, yo fuí quien puso aquel grán cirio á la Virgen de la Fuensanta cordobesa. Bueno, ríete, pero has de saber lo siguiente: Allankardec teníame tranquilo; sus doctrinas también, y tranquilo continúo; no creí nunca en cosas sobrenaturales, pero yo sé decirte, que habló

conmigo mi hermano Cristóbal después de muerto. ¡Ah, pobre Cristóbal! Cuando fuimos á Alcolea, á las órdenes de Serrano, siguiendo respectivamente á nuestros batallones, hacía dos semanas que Cristóbal se había casado; se casó con la más linda y buena mujer que la tierra andaluza pudo criar; era huérfana, sola; veíase perseguida por un hombre á quien ella despreciaba; un ricacho extremeño, que con sus insolencias y sus napoleones creíalo todo conseguido. Se llamaba éste, Díaz Salazar; conocíale yo, porque mi hermano supo el continuo asedio en que tenía á la que iba á ser su mujer; halláronse los dos frente á frente por fin, y yo fuí testigo de Cris-

tóbal. Cristóbal dejó mal parado al otro; dos meses después se casó con su prometida, pero mi pobre cuñada siguió cumpliendo su destino en el mundo: el de ser huérfana. Fuimos al deber mi hermano y yo, pero con cierta tranquilidad, por lo que á mi cuñada referíase; en nuestra ausencia no sería importunada por Díaz Salazar; sabíamos que se unió á las tropas de Novaliches; fué uno de los muchos paisanos que, según sus inclinaciones políticas, se incorporaban al ejército de la Revolución ó al de la Reina.

Cristóbal servía en el segundo de Cantabria; yo era ayudante del duque de la Torre. No pude ver á Cristóbal y estaba inquieto.

Presentía una catástrofe..... En Pendolillas fué terrible verdaderamente el choque de las vanguardias de los dos ejércitos. Después del ataque del puente, cuando ya todo estuvo concluido, busqué á mi hermano... Cayó, según pude averiguar, en la segunda retirada de las fuerzas de Echevarría, en aquel tremendo ataque de Caballero de Rodas, con el batallón de Marina y su escolta de carabineros. Lo más doloroso para mí, fué que no pudimos encontrar á mi hermano; lo recomendé á las ambulancias, fuí yo también, durante toda la noche, reconociendo los cadáveres uno á uno, á la luz de un farol; indagué en los hospitales de

sangre de la casa del Capricho, de la estación de Alcolea, la estación de Córdoba y de la misma ciudad. Todo inútil; cuarenta y ocho horas pasáronse y no pareció vivo ni muerto. ¿Estaría prisionero? Era un absurdo pensarlo, tú lo sabes. ¿Lo habría arrastrado el Guadalquivir? Imposible; Cantabria evolucionó muy distante del río, para que eso pudiera suceder, aún con las alternativas de la lucha. Restaba una sola hipótesis: la de que lo hubieran echado en la gran fosa que primero fué abierta, confundíendole en el montón. ¿Lo mutilaron de tal suerte que no se le pudo reconocer? ¿Despedazaron su uniforme hasta el punto de que no

se le pudiera reconocer tampoco por el de un oficial? Era un misterio. Yo me desesperaba. Si cayó herido ¿cómo socorrerle? Si murió ¿cómo saber si tuvo el pobre sepultura? En un caso ó en otro, ¿qué cuentas iba yo á dar á nuestra madre de su hijo Cristóbal? El dolor atarazaba mis pulmones, mis entrañas, mis huesos. Lloré como un chiquillo.

Con mis trabajos y penas, no descansé ni comí en cerca de dos días, y no cuento las horas que ya eché sobre mi alma, el día de la lucha; comí un poco á la tercera noche; hallábame en un cuartito bajo de cierta casa próxima á las Ventillas; el cuartito tenía una puerta que comunicaba con

el interior y otra que daba á un pequeño jardín sobre la margen izquierda del río. Había una presa en el río por aquella parte; precipitábanse las aguas por el portillo de la presa con gran estrépito, llegando hasta mí como un clamor de cadencias fantásticas en el silencio de la noche.

Apenas pude comer; rendíame la fatiga y la inquietud; no sé qué extraños pensamientos de unción y misticismo acariciaban mi frente como beso triste; una gran somnolencia, explicada por mi cansancio, fué acometiéndome, pero yo me sentía en el uso completo de todas mis facultades; aquel ruido imponente de las aguas de



la presa en la calma lúgubre de la noche, afectaba mi espíritu como el rumor inmenso de una salve sin fin cantada á la vez por millones de labios. Yo recé por Cristóbal; rezando me acordé de la Virgen; acordándome pensé en la pobre viejecita que nos dió el sér y ofrecí un cirio á la Virgen como pareciese Cristóbal. Fíjate; al terminar mi ofrecimiento, oí un golpecito en la puerta que daba al campo. ¿Quién podría llamar? Miré la hora; mediaba la noche. ¿Habría sido un error? No; porque dieron otro golpe más fuerte. Me levanté y abrí... ¡Hallé delante de la puerta un oficial de Cantabria! Lo pude reconocer á la luz de la luna... Me arrojé en

sus brazos. ¡Era Cristóbal! Pero Cristóbal no me abrazó. Sus manos estaban frías; su rostro helado. Pronunció algunas frases, pero no las pude oír con aquel clamor imponente de la salve del río.

—Entra,— dije.—No, vén tú.—¿Adónde?—Adonde está mi cuerpo.—Estas palabras se cruzaron entre nosotros; un sudor frío empapó mis carnes; nunca como entonces me pareció tan lúgubre la inmensa trepidación de las aguas. ¿Estaría soñando? No, estaba despierto; miré á todas partes como para convencerme; ví el jardín, los árboles; allá, por la derecha, el gallinero; el gallo cantaba entonces; al otro lado el brocal del pozo con su pesada garrucha, su

recia maroma y sus dos cubos; en el fondo, limitando el jardín y el río, unos juncales que se mecían con blando impulso, y todo esto iluminándose plácidamente con la luz de la luna.

—Vén,—repitió mi hermano. La luna le daba de lleno entonces; yo le miré con gran fijeza; se me heló la sangre; sus ojos no tenían brillo, sus pupilas estaban inmóviles, sus párpados tampoco se movían. Me acerqué más; le miré ansioso y estuve á punto de caer sin sentido; tan grande fué mi horror; tenía el pecho y la cabeza acribillados á balazos; la cabeza parecía separada del tronco y vuelta á unir; un cordón negrozco alrededor del cuello, del

que caían espesas gotas de sangre, hacíalo creer.

—Hermano, hermano, — dije acongojadamente. — Vén, — repitió. — Echamos á andar. Yo no sentía sus pisadas; deslizábase como una sombra; el ruido de las mías llenábame de pavora. Pasamos junto á la ermita de los Angeles; en el alero de un bardal amarilleaban siniestramente los jaramagos á la luz de la luna; á nuestra izquierda corría, silencioso, el Guadalquivir; el zumbido de las aguas iba perdiéndose como si el rezo empezara á extinguirse.

De pronto experimenté una sensación profunda de frío. Cristóbal empezó á hablar sin interrumpir la marcha. ¿Qué habló?

Se me figura oír siempre aquel eco grave, monótono, como el zumbir lejano de la presa. Habíamos pasado la casa del Capri-cho, que quedó atrás como informe montón ceniciento, y más atrás, los recios machones de piedra del puente. Atravesábamos un bosque de encinas. Mi hermano dijo:

«Aquí retumbaron las primeras descargas; Echevarría, por cuya orden empezó el fuego, notó ventajas sobre nosotros; sus cazadores de Barcelona nos producían muchas pérdidas; vió á Girgenti, á la otra margen del río, con un grán golpe de caballos; escuchó á la par el cañoneo que le anunciaba el avance de Nova-

liches; no tuvo duda; dejó sus posiciones, salvó con rapidéz los arroyos de la Buenagua y las Loreras. Nosotros, firmes, sombríos, en silencio, pujante el brazo y la bayoneta calada, aguardábamos allí. De repente chocan las dos vanguardias; se confunden, se destrozan; semeja el grán turbión de hombres juntos un mar de olas terribles que se inclinan y saltan en las sinuosidades de los barrancos; mézclase la maldición con el lamento, las voces de los jefes, el golpe de los fusiles, el vibrar de las bayonetas, los tiros de rewólver; ruedan los cadáveres por la escabrosidad, saltan los hombres las cañadas, y allí, sobre los derrumbaderos, se ha-

cen pedazos, caen, ruedan. Pero la vanguardia isabelina es la fatalidad que nos agobia; terrible, indomable, vence al fin, destruye, aunque es menor en número; nuestra retirada empieza; los batallones de Simancas y Tarifa son arrastrados; el segundo de Cantabria los sigue; todos huyen; Díaz Berri, nuestro coronel, coje al alférez la bandera.—¡Viva la libertad!—grita. Vuelve solo sobre el enemigo; seguámosle; nueva lucha; pero la vanguardia isabelina es un monte de acero que nos aplasta; los oficiales, el brigadier Manso, Caballero de Rodas, todos rugen y hacen esfuerzos increíbles para volver las tropas á sus posiciones.»

Yo estaba aturdido, loco, de oír hablar á mi hermano.—¿Será un sueño?, preguntábame.—No, no era un sueño; le oí hablar; su voz era lenta, igual, monótona; andaba sin cansancio, sin ruido; era una pena profunda lo que yo sentía y un terror á la vez que paralizaba mi sangre. No sé cómo pude seguir á mi hermano. En medio de todas estas sensaciones, por un fenómeno inexplicable, oía atento su relato. Le interrumpí para decirle con un terror que no pude dominar:

—Fué cuando llegó un ayudante de Caballero de Rodas á pedir auxilio á Serrano; lo sé bién. Serrano se apresuró, dió órdenes, precipitáronse dos brigadas al sitio

de la lucha, saltaron como lobos el Jegueros, coronaron su mesa é hicieron fuego desde allí en columnas cerradas por batallones.

• Mi hermano seguía, seguía. «Ante la espantosa acometida, se revuelven fieros; veíanse victoriosos, y la sorpresa los abate súbitamente; huyen. Echevarría los junta otra vez; nueva batalla; los cazadores de Madrid son los primeros que nos acometen á la bayoneta; los batallones de Gerona y Barcelona les siguen; se echan sobre nosotros; retroceden de nuevo á nuestro empuje, pero otra vez avanzan, con el impulso poderoso que les dá Echevarría. Caballero de Rodas métese en la lucha con un batallón de Marina y

su escolta de carabineros. La carga es horrible; rechaza al enemigo, lo deshace, pero Echevarría, ese bravo loco, está allí aún; preséntase con dos compañías, donde se sostienen algo sus tropas y caen sobre Cantabria; por otro lado vienen los cazadores de Madrid á envolvernos; Borbón precipítase en nuestra ayuda... Es ya un combate desigual, monstruoso, sin cuartel; muchas compañías y un batallón y otro, ayudándose, defendiéndose, muriendo, matando, levantándose, cayendo, como si cada compañía y cada batallón fuese un solo hombre... En ese punto, poco antes de la dispersión de la vanguardia isabelina caí yo herido; me levanté y seguí

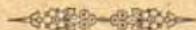
peleando; volví á caer, pero mis heridas no eran graves; me pude retirar trabajosamente hasta una encina... De pronto se acercó á mí un hombre, era Díaz Salazar, mi infame enemigo, el perseguidor de mi mujer; llevaba un rewólver en una mano y la espada desnuda en la otra; quise defenderme, pero fué inútil; no pude; descargó su rewólver sobre mi cabeza y mi pecho y clavó dos ó tres veces su espada en mi garganta; caí junto á la encina; al lado había un hoyo profundo; me empujó hacia él y por eso no me has podido encontrar, aunque pasaste muchas veces junto á mí. Cumple tu promesa. Nada más tengo que decirte.»

Yo iba á hablar, pero quedé mudo de estupor. Cristóbal había desaparecido ante mis ojos como se hace la obscuridad de noche en una habitación cerrada, si apagamos una luz. Me arrodillé y recé una oración. Allá lejos, muy lejos, oíase en la quietud de la noche el zumbar de la presa, como el eco medio extinguido, pero sin extinguirse jamás, de aquella grán salve levantada por millones de labios. Los reflejos de la luna metíanse por las ramas de la encina, poniendo fantásticos dibujos en el suelo; un rayo de aquella luz suave se hundía en la fosa, pero nada pude ver. Puse una señal y me alejé de allí.

Después de algunas horas de

fiebre, cuando era ya de día, volví con unos compañeros.—¿Sería un delirio? ¿Sería un sueño?—pensaba yo. Llegamos al pie de la encina. ¡Cristóbal estaba allí! Le sacamos para alargar el hoyo; ví el cadáver. ¡Tenía tres heridas en la garganta... agujereados la cabeza y el pecho! Se le enterró al pie mismo de la encina y clavé dos palos formando cruz en el tronco.

Aquella tarde puse el cirio á la Virgen. Á la mañana siguiente maté á Díaz Salazar. Antes de morir confesó que fué el asesino de Cristóbal.



EL CAPITÁN DE BARBASTRO.

Tenía yo ocho años y lo recuerdo como si acabara de suceder. Ante los ojos de mi alma desfilan unas figuras solemnes; podría contar su número, podría decir cómo eran sus vestidos, cómo sus facciones, cómo la expresión y el acento de cada una y hasta lo que hablaron aquel día. Abra los ojos ó los cierre, las veo surgir de unos torbellinos de humo, cuyas espirales las rodean como sudarios blancos.

Las barricadas habían sido ya

deshechas por los cañones de Caballero de Rodas. Tirados en las grandes piedras había soldados y milicianos; aquí un fusil roto, allí una cureña despedazada. El sol subía lentamente por la pared como fimbria de oro de una virgen, alzándose para no rozar el suelo ensangrentado.

Serían las cinco de la tarde. La ciudad no estaba aún en poder de las tropas; oíanse algunas descargas, algún disparo suelto y de minuto en minuto la voz formidable del cañón que helaba nuestros corazones. Recuerdo perfectamente aquel silbido especial de los proyectiles y aquel otro ruido más especial y tétrico de las techumbres ó los tabiques hundiéndose.

Las alternativas de la lucha reflejábanse al mismo tiempo en nosotros. Peleaban como fieras. Los milicianos cedieron varias veces ante la furiosa y ordenada acometida de las tropas, pero volvían de nuevo con más ímpetu. A cada una de estas oscilaciones del combate metíanse en nuestra casa como lobos; teníamos que sufrir sus iras, sus despechos, sus desesperaciones; echaban abajo los tabiques para huir, despedazaban las alacenas para buscar comida, y á lo mejor reían á carcajadas como locos ó entonaban coplas, como en cualquier alegre fiesta de lugar.

Por algunos instantes, los milicianos encontráronse nuevamen-

te en sus posesiones y hasta pareció que iban á continuar en ellas. De todas partes llovían sobre los infelices soldados mesas, sillas, piedras, balas y agua hirviendo. De pronto suena un clarín. ¡La nota es formidable! Los soldados se repliegan á este aviso hacia las paredes abriendo filas; se vé por el fondo un cañón de grán calibre arrastrado por mulas poderosas; desenganchan las mulas, se arriman los artilleros, hormiguean junto al cañón un instante, reponiéndose inmediatamente los que caen bajo la lluvia de proyectiles milicianos; vibra el clarín otra vez y los artilleros se apartan un poco; quédase uno, recibe una orden, el cañón retum-

ba, caen por tierra balcones, aleros de tejados, ventanales, pedruscos enormes, y cuando se disipa la nube terrible que todo esto levantó, se vén sobre aquellas ruinas los cadáveres hechos pedazos de los últimos hombres de la barricada, y sobre las ruinas y sobre los cadáveres los soldados que gritan en triunfo.

Entran otra vez en nuestra casa medio derruida, lo rompen todo, lo arrollan, rugen, ván á matar á bayonetazos á los nacionales que allí se refugian, revuélvense ciegos; mis padres, mis hermanos, todos vamos á caer ante el furor de aquellos hombres.

De pronto una voz inmensa domina aquel tumulto. ¡Quietos!

Los soldados parecen mudos de estupor al pensar solo que hay quien logra detenerlos. ¿Quién pronunció aquella palabra imperativa? ¿Quién? Un hermoso capitán de Barbastro, con su pantalón corto, sus botines, su cinturón adornado con trencillas de plata, su sombrero alto, feo, insulso, con su escarapela y todo lo demás que los cazadores de Barbastro usaban entonces.

La levita habíase desgarrado, los botines estaban rotos y el sombrero agujereado por las balas de los nacionales; tenía un revólver en la mano izquierda: levantó con la otra la espada desnuda. Su continente aguerrido, noble, me suspendía de admira-

ción en medio de mi espanto, como suspendía á los que entonces le cóntemplaban; sus grandes ojos despedían fuego y no se supo qué color era el suyo por estar embadurnada su persona toda con el polvo de los tabiques y las techumbres y hasta los edificios que durante el día derrumbáronse en la pobre ciudad.

Aquel hombre nos salvó de una muerte cierta: consiguió dominar á los soldados, diciéndoles con dulzura que eran servidores leales de la patria y no asesinos; los conmovió recordándoles á sus padres, á sus hermanos, á sus novias. El soldado español es generoso... Salieron de allí aquellos hombres con el ánimo en muy

distinta disposición de como habían entrado. El capitán no pudo salir con ellos; contúvole la gratitud de las personas á quienes acababa de salvar. Entonces se aproximó á una niña que durante la anterior escena había estado refugiada en los brazos de su madre; esta mujer habíase refugiado á su vez una hora antes en nuestra casa, saliendo espantada de la suya, que se derrumbó.

La muchacha, á quien el capitán habíase dirigido, tenía cuatro años; era morenilla, de ojos negros, que nos miraban y miraban al capitán con asombro misterioso. El capitán, sin responder á las protestas de gratitud, estampó en la cara de la chiquilla un beso

que sonó como un tiro, y exclamó luego trabajosamente como si las palabras se le atragantasen:

—Á ésta se lo debeis todo... Tengo una hija de su edad... se llama Juana.

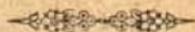
Se enjugó los ojos y allá traspuso.

Al irse el capitán fué aquello un jubileo de abrazos y parabienes á la chiquilla. Reíase el capitán y se alejaba. Atravesó el portal, llegó á la puerta de la calle, y al volver el rostro para mirar por última vez á la niña lanzó un grito y cayó de espaldas. Estaba muerto. Una bala habíale atravesado las sienas... Después, silencio profundo. Allá lejano, un clarín, como gemido lúgubre... El

cañón seguía retumbando de tarde en tarde en medio de la noche pavorosa, como salvas tristes por el generoso capitán muerto.

Sobre el corazón del capitán, en uno de sus bolsillos interiores, hallaron una carta escrita con letra descomunal, como de chiquillo que hace sus primeros garabatos en la escuela. La carta decía así:

—«Vén pronto: mamá llora mucho.—TU JUANITA.»



BESO ETERNO.

¿Y qué os importan los viajeros que ván en ese trén? De dos he de hablar solamente: de una mujer y un hombre... Los más ricos, los más ilustres, los más felices de la tierra sevillana, donde nacieron y se amaron y donde acaban de casarse. El amor, la fortuna y la alegría les acompañan. Quisiera que me dijéseis qué otra cosa es preciso para ser feliz.

Él es emprendedor, generoso y gallardo; viajó mucho, aprendió mucho, trabajó mucho. ¡Es un

hombre! Ella... cuando el trén se detiene y miran los curiosos del andén tras el vidrio su cabecita, nerviosa y pálida, antójaseles una flor de estufa. Los jóvenes á quienes prodiga su óbolo sonriendo, la toman por una virgen guardada entre cristales. Es bella, joven, ama, la aman. ¡Qué bueno es Dios!

¶ Llega la noche y el trén camina con grán estrépito de ganchos, topes, manivelas y rodaje. Al entrar en un túnel, aumenta el estrépito en la concavidad. Con la rapidéz de la marcha, figuran arrancar las ruedas á los railes un silbido lúgubre, como la uña de un demonio arrancaría prolongada nota á un arco de fuego. De minuto en minuto, el pitar de la

locomotora domina los otros ruidos, extendiéndose su eco como imponente clamor de alarma en toda la campiña, y al detenerse el tren en alguna estación, retumban los rugidos de las válvulas de escape en la inmensidad solitaria y silenciosa.

Ván solos; el vagón está iluminado débilmente, pero se vén. Tiene el amor una luz recóndita que ilumina con la perfección posible la silueta, los contornos, los detalles, en fin, de la fisonomía del objeto amado.

Él está pensativo; la ama, la ama mucho; pero conoció muchas mujeres, conoció muchos hombres, supo muchas historias de alegrías de matrimonios... alegrías

que duraron semanas solamente, por buenos, por leales, por dignos que el hombre y la mujer fueran. No, no consistió en ellos; es la vida, la vida, que es muy amarga.

¿Y qué? La muerte en un instante de placer infinito ¿no es la solución perfecta de la felicidad del hombre?

Él ha trabajado, ha contribuido con su grán esfuerzo á la obra humana; pagó su tributo, aunque es joven, estudiando, trabajando, dignificándose desde la niñez. Ella... Él tiene veintiocho años; ella diecinueve. Él ha vivido mucho; ella empieza á vivir ahora. «No, ella no puede comprender los pensamientos del hombre.»

La mira. Lo primero que en

aquel semblante se vé son las pestañas. Está meditabunda. Tiene los ojos abiertos, fijos en él. Las pestañas suben hasta tocar en sus cejas y bajan hasta tocar en sus mejillas, como arcos oscuros de poderosa curva. En este instante son esos ojos un libro abierto por la página de más interés. El hombre quiere empaparse en aquella lectura y penetrar hasta el último rincón de su pecho. Diríase que esas pestañas dobles, negras, larguísimas, son cubiertas enlutadas de un libro triste, abierto de par en par.

Él ha llegado hasta el fondo, ha leído y tiembla de pensar en lo que allí ha leído. ¿Adivináronle tal vez? Él ha leído:—¿Y por qué

dudas de que yo quiera morir, aunque haya vivido poco?

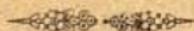
La coge una mano; su calor suave, espuela parece que en el corazón se le clava, y la rodea con un brazo la cintura. Él tiembla; ella también. Sus cabezas ván uniéndose, sus labios ván á unirse, lenta, muy lentamente. Ella murmura como si hablase consigo misma:—¡Dios mío, que dure siempre este beso!—Y el hombre, muy bajo, oyéndolo su espíritu nada más, también dice:—¡Morir!

Tiemblan, sonríen, sus cabezas se unen, la sangre parece que deja de correr, el corazón parece que deja de latir. ¿Será verdad que el extravío de dos es remedo acabadísimo de la muerte?... No

vén nada, no oyen nada, ni el pito del trén que lanza sus notas como ayes de espanto, ni voces confusas, ahogadas, que parecen salir de otros departamentos, ni el rugido del vapor, ronco é incesante, como si la caldera hubiese abierto todos sus poros, para escupir de golpe el hálito de su pulmón formidable y la vida de sus entrañas. Y á la par, de pronto, rápido, como inundación de luz, como mutación prodigiosa y lúgubre, ayes, estampidos, desgajamientos estruendosos, chocar horrible como de mundos que se parten, y máquina, ténder, vagones, que se doblan, se aprietan, se confunden, quedando al fin una montaña fatídica de fragmen-

tos de herrajes, de cadenas, de tablones y de viajeros despedazados.

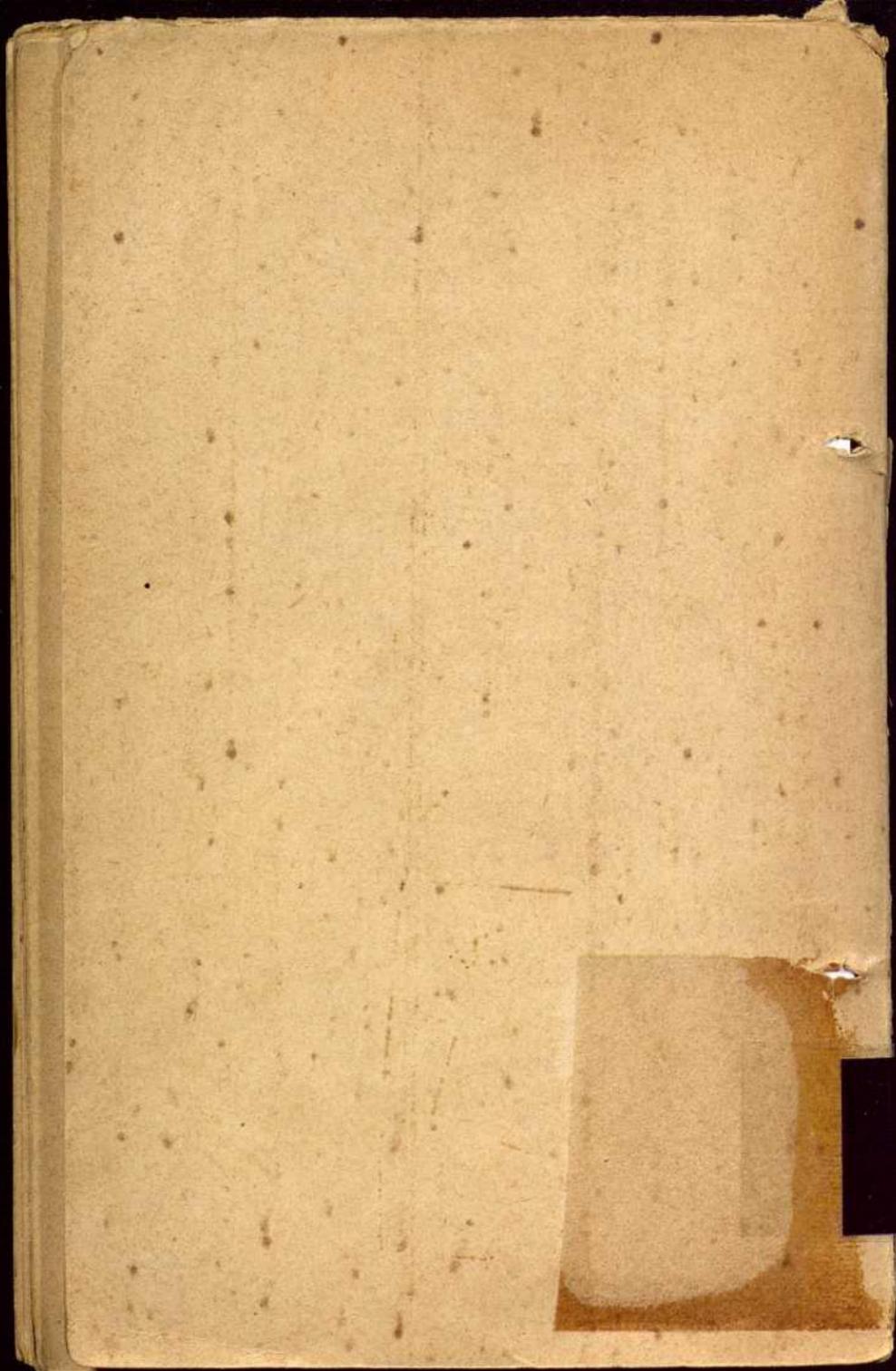
Amanece; el sol asoma. Su primer destello ilumina dos cadáveres: un hombre y una mujer. ¡Sus cabezas están unidas! ¡Sus labios están unidos! Las flores sonrían... El aire murmura no sé qué cosas. Allá, lejos, suena el esquilón de la ermita llamando á los fieles. En un alambre del telégrafo hay un pajarillo: desperézase, sacude sus plumas y echa á cantar.



ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Portada.	3
Al público	5
Palabra de hombre	9
Cristiana	29
El cirio de la Virgen	45
El capitán de Barbastro.	65
Beso eterno	75





FAN
XX
1157